

AL BORDE DEL ABISMO

Pedro VÍllora

*Y así continuó corriendo tras esta vaga sombra que me conduce
al borde del abismo, donde me detengo con espanto.*

JOHAN W. GOETHE: *Werther*

Apenas ha cambiado la vista desde la ventana: quizá que los árboles son más altos, quizá que ya no es verano como entonces, pero poco más. Ciertamente es que ahora están secas las ramas antaño frondosas; que los pastos han adquirido un triste color amarillo en lugar del hiriente verdor; que está desperdigado aquel montículo de rocas en la cima del acantilado hasta donde subíamos para tendernos desnudos bajo el sol; cierto es, sí, pero no tiene importancia, porque la esencia está todavía impregnando el paisaje, y habrá mudado el aspecto, pero la forma continúa ahí, en todo lo que veo, en todo lo que siento al descubrir cada uno de los rincones donde transcurrieron aquellos días ya lejanos, distantes en el tiempo, aunque no en el espacio (¿o será, por ventura, al revés?, ¿será que el lugar ha cambiado pero sigo viviendo en el mismo tiempo, soñando en el mismo tiempo, amando en el mismo tiempo, y nada ha ocurrido desde entonces porque el entonces es aún?).

He estado aquí antes; he recorrido estos parajes en otras ocasiones; he danzado entre las flores y toqué mi flauta en los bosques; y también he andado descalzo en las arenas del mar. Quizá lo vuelva de nuevo a hacer, nada me lo impide, pero no ahora, sino luego, mañana o la semana que viene, pero no ahora: no me siento capaz.

La brisa helada entra por la ventana, desordena todo en la habitación y vuelve a salir. La brisa helada me golpea en la cara, me obliga a cerrar los ojos y se marcha

después. La brisa helada sacude la casa, levanta las tejas y se aleja de aquí. Siempre retorna la brisa helada.

"Apenas ha cambiado la vista", es lo primero que pensé al abrir la ventana, y es verdad: la vista es lo único que no ha cambiado aquí; todo lo demás lo encuentro distinto: el camino de entrada, que estaba cubierto de grava, piedras brillantes que yo cogía y guardaba para que no me robasen los diamantes que tenían dentro, se esconde bajo una capa de malas hierbas; la chimenea del ala este, la que nunca se apagaba, la que dejaba escapar a todas horas una columna de humo gris que se elevaba, se expandía, desaparecía confundido con el aire, la que hablaba de calor de hogar, de queso fresco derretido, de cuentos de vieja al amor de la lumbre, muda hoy, calla para siempre, desparramados sus ladrillos sobre el tejado, caídos; la fachada de la casa está agrietada, ha perdido la piel y están las venas al aire libre, y son profundos huecos, pozos sin fondo de poco firme brocal por donde me asomo, temeroso de la caída que un día se ha de producir si no dejo descansar a esos monstruos ignotos que me llaman desde la oscuridad de la sima y me atraen prendado por promesas engañosas.

Apenas ha cambiado la vista desde la ventana, tal vez porque aquello que veo es el panorama del pasado, que va conmigo y me acompaña desde la última vez, la única, que estuve aquí, y es el mismo que se abría ante mis ojos por la mañana temprano, cuando despertaba y lo primero que hacía era acercarme a la ventana y asomarme (los rayos del sol empezaban a caracolear entre las hojas de los árboles), buscando en el paisaje la figura que nunca encontré del Lobo, mientras la voz de mi abuelo me instaba a que bajase a desayunar.

Era yo feliz entonces, tal como nunca después lo he sido, tal como siempre debió ser, y aunque los primeros días planeaba sobre mí, como un ave carroñera en

busca de alimento, la odiosa presencia de la ciudadana enfermedad que había hecho de mí un ser huraño e incommunicativo, logré zafarme de ella con la adaptación a la vida rústica y las largas caminatas por los alrededores de la casa, de la que progresivamente me iría apartando y que, si bien en un principio las consideraba un ejercicio aburrido y rutinario que sólo cumplía por haberseme impuesto como una necesidad más, pronto encontré en él un encanto, un motivo que respondía a mis intereses y apetencias, y que se tradujo en que mis ausencias estuviesen señaladas por un alejamiento, tanto en el espacio como temporal, hasta el punto de llegar a ser preocupante, y que sirvió para que mi hermana se llevara las manos a la cabeza y el abuelo, con la pipa entre los dientes y una sonrisa mal disimulada, murmurase de vez en cuando: "este chico es todo un hombre".

Cuando llegué aquí procedente de la ciudad no era yo lo suficientemente mayor como para ocupar mi tiempo en menesteres propios de edades adolescentes, ni tan pequeño que no sintiese impulsos, para algunos, innombrables. No estaba previsto por mi familia que aquellas vacaciones debiésemos pasarlas separados, sino que se había pensado en un principio que esperaríamos todos a que las múltiples ocupaciones de mi padre permitiesen ser delegadas en otras manos para así irnos a la finca del abuelo (a quien yo sólo conocía por pequeñas estancias en nuestra casa) debido tanto a que éste quería que lo visitásemos en su ambiente como a que mi delicado estado de salud necesitaba de una cura en clima más benigno, precisamente en tal cual era en las tierras del abuelo; sin embargo, ya que el médico aconsejó que mi viaje debía realizarse cuanto antes, pues toda demora sería perniciosa, fue decisión de mi madre que, por ser mi hermana muchacha a quien se podía llamar mujer, no existía reparo alguno en dejarnos marchar primero a nosotros, sus hijos, en tanto ellos, nuestros padres,

quedaban en la capital a la espera del momento adecuado en que podríamos reunirnos toda la familia en el campo. Así pues, durante una semana fue nuestro hogar un revuelo de envíos, maletas, idas y venidas, cajas y papeles de embalar, hasta que el día del viaje se me dispuso en un compartimento de ferrocarril, disfrazado de bulto, totalmente rodeado de ropas que me oprimían, me ahogaban, me aprisionaban con su férreo abrazo, y sólo de mi cuerpo se aseguraba la cabeza, siendo imposible adivinar qué forma tendría y dónde estaba lo demás. Mi hermana se hallaba muy quieta, hierática casi, interpretando un papel que no le correspondía; asentía tras la ventana a las últimas recomendaciones que enviaban mis padres desde el andén. Mentía, mentía, intentaba parecer lo que no era, pero a mí no me engañaba; no a mí que sabía del enérgico movimiento de su pie diminuto bajo la larga falda que caía de su talle; no a mí que sabía del tamborileo de sus dedos sobre el cristal, de sus esfuerzos por contener la respiración que elevaba su bello busto; no a mí que escuché un pequeño gemido junto a la primera sacudida del ferrocarril que se ponía en marcha; no a mí que vi la mirada que lanzaban sus húmedos ojos a la estación donde quedaban los dos, la madre y el padre, allí atrás, lejos, cada vez más lejos, reducidos de tamaño, con rostros que no son rostros, con manos que no son manos, con formas que no son formas: manchas, sólo manchas, todo manchas perdidas en otras manchas; y los buscas y no están, y los llamas y no vendrán porque ya no son, sino eran, eran en el pasado, en otro tiempo, cuando tú estabas con ellos, pero ya no, no ahora que eres tú sola y yo solo, y nadie más. No me engañabas hermana; tenías los nervios lógicos de saber que ya no eras una niña, que te consideraban adulta, que por fin tenías alguien a quien cuidar, a quien vigilar, alguien por quien preocuparte, pero no querías que supiésemos que tenías

miedo, miedo a no cumplir tu cometido, a fallar en tu tarea; no me engañabas, hermana... no me engañabas.

Hoy como entonces se puede ver surgir la casa detrás de un bosquecillo conforme se acerca uno a la estación. La reconocí en seguida porque guardaba en el recuerdo la descripción que de ella nos hacía el abuelo en una carta. Está apartada del pueblo, de donde parte un camino que conduce hasta la entrada. En un punto que equidista del pueblo y de la vivienda, dos pilares de piedra anuncian que la finca empieza ahí. Es grande: abarca parte de los montes y llega hasta el mar; nunca sin la ayuda del Lobo habría podido recorrerla por entero; con él era todo más fácil; ni siquiera ahora, cuando mi experiencia es mayor que en aquellos tiempos, me atrevería a adentrarme solo en estos lugares que no conozco ya; solamente con el Lobo volvería a los salvajes bosques otra vez, pero el Lobo ya no está.

El vaivén del ferrocarril ejercía un efecto monótono y somnoliento sobre mí. Era el retorno a los tiempos más infantiles, cuando yo, frágil, pequeño entre las ropas nocturnas, me dormía acompañado de los mecimientos que mi madre proporcionaba a la cuna y del suave ronroneo que salía de sus labios temblorosos. Mi madre mecía la cuna y mi sueño velaba su cara de luna.

No dormía en el vagón; me entretenía en mirar la imagen interminable que desfilaba tras las ventanillas. Se sucedían los árboles, los postes del telégrafo, las villas y las estaciones; todos pasaban en el cuadro enmarcado por el hueco de la pared metálica del ferrocarril, por el tapizado rojo almohadillado, por el lienzo que nos evitaba caer al exterior. Dentro estaba toda la existencia que yo conocía en ese momento: mi hermana y yo; de cuanto hubiese fuera sólo tenía identidad ese pequeño trozo de realidad que fluía en las ventanillas.

Un largo pitido nos anunció que estábamos llegando a la estación. Yo lo estaba esperando desde que había visto la casa del abuelo por las ventanillas pasar. Mi hermana apoyó una mano en el cristal y acercó a él los ojos, atisbando con la mirada entre la gente que se agolpaba en el andén. Un destello, un leve abrir de labios, un fruncimiento en la frente que alzaba las cejas y abría aún más los ojos, un levantar la mano derecha en dos tiempos: primero a la altura del cuello, de la barbilla blanca, redondeada, suave, y después más alto, sobre las orejas cubiertas por el peinado, agitándola vivamente, con fuerza, con una energía que provenía de dentro, de muy dentro, del corazón, del alma o del mismo cuerpo, me revelaron que había encontrado, en cualquiera de las personas que ella podía ver, la forma de aquél a quien deseábamos.

Nos detuvimos al fin, después de que la velocidad hubiese estado aminorando progresivamente durante metros. Paró el agudo silbido que habíamos estado oyendo precediendo el término del viaje. Mi hermana cogió las mantas, las dobló y las guardó en una bolsa de mano. Salimos del compartimento y anduvimos a lo largo del pasillo hacia la puerta que, en un extremo del vagón, daba acceso al exterior. Mi hermana bajó la escalerilla ayudada por un empleado que le dio la mano, y después bajé yo. El abuelo se nos acercó, la besó a ella primero y después a mí, mientras un mozo que él había enviado bajaba el equipaje. Yo me apretaba a las faldas de mi hermana, avergonzado, intimidado por las personas que estaban en la estación y me miraban, me vigilaban, me señalaban, me acusaban, me decían que no era de allí, que era un intruso, que era de un mundo aparte, exterior; decían que no me querían, que debía alejarme, marcharme lejos de su tierra, su entorno, y yo los veía y sabía qué querían, aunque en realidad no me mirasen, aunque no me prestasen atención; ellos estaban fingiendo, debían de estar fingiendo, ignorándome conscientemente.

El abuelo tenía preparado un carruaje que nos llevase hasta su casa. Al cargar nuestro bagaje se oyó al ferrocarril partir. Subimos a los asientos y nos fuimos también nosotros. El coche cogió un camino que bordeaba el pueblo sin cruzarlo. Yo habría preferido atravesarlo, entrar en él, recorrer todas sus calles y conocerlo, pero estando yo solo, sin compañía, sin nadie que estuviese recordando la hora o que en un momento dado me impidiese actuar según mi voluntad; yo habría estado satisfecho entrando invisible por todas las puertas al mismo tiempo, descubrir la vida de todas las personas, lo que pensaban, lo que deseaban, saber cómo eran, cómo sentían, hacerme parte de ellos y que ellos fuesen parte de mi ser. Aún hoy suelo tener esa sensación: que nada existe para mí salvo allí donde estoy yo; quisiera poder estar en la vida de todo el mundo para creer en su existencia; para demostrarme que no somos independientes unos de otros sino miembros separados de un cuerpo antaño perfecto; para saber que no estoy solo y que soy algo más que un punto en el cosmos.

La carretera en la que estábamos rodeaba un monte desde el que se veía el mar. Aquella parte de la costa era rocosa, abrupta, y las olas golpeaban violentamente contra los escollos: era primero un pequeño rizo de agua que iba avanzando y se hacía cada vez más grande, se levantaba según se acercaba (una boca enorme presta a engullirnos), hasta que las rocas cortaban su camino y la columna de agua volvía a su elemento en una lluvia de ruido y espuma. Estuve después muchas veces con el Lobo allí, al borde del abismo, dejando que el agua nos salpicase, teniendo a nuestros pies las gargantas que el mar abría invitando a dejarnos caer. Yo me asomaba al vacío más de lo que podía, sujetado por el Lobo, y me inclinaba sin miedo porque sabía que él no me soltaría, y confiaba mi vida a sus manos sin temor.

Llegamos al enorme caserón que habitaba el abuelo. Una mujer gorda salió a recibirnos limpiándose las manos en un delantal que colgaba de su cintura. El abuelo gritó un nombre y un mozo joven y sucio acudió de algún sitio para entrar nuestras maletas. Aparecieron también dos parejas de grandes perros que se acercaron al abuelo observándonos a mi hermana y a mí con mirada recelosa. Yo estaba asustado, temí que la carne de mi cuerpo fuese presa de sus fauces baboseantes. El abuelo se dio cuenta y rió con grandes carcajadas, me empujó hacia los perros que levantaron sus orejas y me olisquearon, alejándose después de allí sin hacer caso a mi hermana. Durante el tiempo que duró mi estancia aquí, los perros permanecieron siempre apartados de mí.

No tuve la fortuna de conocer al Lobo hasta días después de mi llegada. Los primeros que pasé aquí fueron tremendamente aburridos; la novedad de mi situación impidió que de mí al principio el hastío se apoderase, pero duró poco; pronto conocí todo acerca del lugar donde me encontraba: había recorrido la casa por completo introduciéndome en todas las habitaciones, escudriñando en todos los rincones; multitud de extraños cachivaches hallados en desvanes polvorientos colaboraron a mitigar mi curiosidad pero, como al fin y al cabo todo lo que un día es interesante se transforma en anodino al siguiente, nada de lo que obtuve en mis pequeños saqueos me satisfizo plenamente y, por consiguiente, volví a mi habitual estado taciturno y ensimismado.

Mi hermana estaba preocupada por mí. El haber encontrado rastros de euforia en mis primeras acciones la indujo a pensar que mi restablecimiento era materia inminente; sin embargo, al advertir mi regreso a la introversión, consideró tal como una recaída con posibles causas físicas, por lo que hizo traer al médico de la localidad

quien, luego de examinarme (y como era lógico) negó que mi nuevo estado de ánimo estuviese motivado por un supuesto empeoramiento de mi siempre delicada salud.

Aliviada mi hermana por estas noticias, no tardó en descubrir que lo que ella había creído enfermedad era, en realidad, fastidio y, suponiendo uno posible de sus orígenes el hecho de haber estado, por así decirlo, encerrado en la casa durante todas las horas de los días, hallándose mis salidas de una cierta duración condicionadas a que mi salud cobrase un fortalecimiento mínimo para comenzar esta nueva cura al aire libre sin riesgos, decidió que, por no haber problemas en mi estado físico y necesitando algún ejercicio que contribuyese a paliar mi aburrimiento, era de todo punto aconsejable que comenzase a pasear y efectuar caminatas en los alrededores de la casa que permitiesen un contacto más directo con el clima y, al tiempo, me sirviesen de distracción.

Hoy, cuando puedo tener una visión distanciada de mi juventud, noto que no he cambiado tanto en realidad. Ya por entonces estaba plenamente presente mi afición por la soledad constructiva, que no me servía para lamentarme de mí mismo y alejarme de los demás por repulsión a ellos, sino que esa separación era propiciada porque sentía que yo no era una compañía agradable (de hecho, fastidiosa), y antes que mantener con mi presencia una atmósfera fría entre el resto de la gente y yo, prefería retirarme a tiempo, granjeándome con ello fama de misántropo, y dedicarme a las que desde entonces han sido mis dos grandes pasiones: la pintura y la música.

Obviamente, nunca he tenido amigos permanentes (incluso algunos de mis amores fueron pagados), y no habría sabido el significado de conceptos como amor, amistad, si no hubiese tenido la suerte de conocer al Lobo aquel verano en casa del abuelo. Lo encontré en el transcurso de uno de aquellos paseos que hasta entonces tanto

habían llegado a aburrirme; soy consciente de que tenían, sin duda, convenientes propiedades salutíferas para mí pero, como yo entonces aún no sabía distinguir entre las diferentes especies vegetales, sólo veía árboles y árboles en profusión tal que llegaban a confundirme y desorientarme; por supuesto, otro de los factores que contribuían al tedio que de mí se adueñaba era el que yo nunca he empeñado profundamente mi voluntad en ningún asunto hasta el punto de que fuese duradera, y así, aun iniciando con entusiasmo la mayoría de los proyectos que me proponía, era ya tendencia natural en mí apagarme progresivamente perdiendo todo el anhelo que hubiese podido tener en un principio. Así pues, también de los paseos quedé fatigado, no por cansancio físico, ya que, en honor a la verdad, cada vez me encontraba mejor, sino por cansancio espiritual, por abulia.

La primera vez que vi al Lobo fue en una de aquellas mis salidas solitarias. Alejándome más de lo habitual, no por otro motivo que por gastar tiempo antes de decidirme a regresar, llegué a la linde de la finca. En principio no era aquel un día que se distinguiese de cualquier otro por alguna causa, lo que impidió que siguiese el transcurrir del día con especial atención, fijándome en cada uno de los detalles que se producían a mi paso para guardar un recuerdo amplio que pudiese transmitir con gran fidelidad. No, sólo sé que las horas pasaban porque habían de pasar.

Me senté en el portillo, de eso estoy seguro, dejando que mis ojos vagasen por el paisaje sin que ninguno de sus aspectos me interesase sobre los demás. Supongo que debía dar una pobre impresión de mí mismo a aquel que creyese que un chico de mi edad debía ser más vivaz y ocuparse en labores propias de un sexo fuerte, viril y un poco salvaje; como a veces oí decir: apedreando perros. Probablemente alguna vez he fingido tener ese carácter, digamos, normal; eso solía ocurrir cuando me hallaba en

crisis de identidad o me avergonzaba de mí mismo; cuando no quería reconocer que no era como los demás porque no podía, y no debía hacer nada por evitarlo, sino aceptarme primero yo para después ser aceptado.

Me di cuenta de que no estaba solo, sin embargo no me sorprendió. Parecía tan natural el hecho de que alguien estuviese junto a mí que no sentí ninguna molestia. Me miraba sentado en las ramas de un árbol. Sus ojos eran una cálida caricia que recorría mi cuerpo y se detenía en los míos. Y yo seguía allí, en el portillo sin moverme, sin que uno solo de mis músculos se estremeciese, mirando yo también a sus ojos, cruzando mi mirada con la suya mientras en algún lugar remoto seguía el tiempo gastándose en los relojes, pero no aquí, aquí donde no había espacio, ni tiempo, tan sólo ojos, los suyos, los míos clavándose en los suyos, en unos ojos que lo absorbían todo, que lo abarcaban todo, unos ojos poderosos y cristalinos en los que mi rostro ofrecía su reflejo deformado, y mientras yo veía mis ojos en sus ojos, mientras sólo sentía su mirada y la mía fijas en mí, sin que yo supiese cómo ni por dónde, el Lobo desapareció.

Encontré a mi hermana buscándome cuando ya volvía a la casa. El tiempo no había pasado para mí pero sí para ella, y estaba preocupada porque no regresaba. A pesar de que mi comportamiento era impredecible, mi falta de la casa había sido esta vez inusualmente larga, pero ni ella sabía a qué se debía, ni estaba yo dispuesto a decírselo, y así terminó el día sin que hubiese respondido a las continuas preguntas con que me interrogaba. En realidad, ni siquiera yo mismo comprendía muy bien qué me había ocurrido; había sido como un juego en el que los dos nos mirábamos esperando que el otro cerrase los ojos primero, pero habíamos continuado aguantando sin ceder ninguno. Tal vez eso tenía algún significado esotérico que desconocía, pero a mí se me escapaba.

La noche vino sin que hubiese podido apenas darme cuenta. Tumbado en la cama, veía por el trozo de cielo de la ventana cómo las estrellas aparecían trayendo consigo el reflejo del día que acababa de marcharse. Los muebles de mi alcoba se hallaban envueltos en una atmósfera fantasmal causada por la pálida y blanquecinamente mortuoria luz que invadía los rincones cubriendo los objetos con un paño delicuescente y neblinoso. El techo se abrió y unos ojos bajaron espejeándose en las paredes de mi habitación, y un cuerpo caliente se tumbó junto a mí mientras una mano de suave tacto se paseaba entre mis piernas. Auspiciado por estos signos reveladores, yo me dormí.

Las luces de la mañana me libraron de un agitado sueño. Sin haberme terminado de desvelar, me acerqué a la ventana con el presentimiento de que hallaría al Lobo, pero me equivoqué: como siempre ocurrió, el Lobo no estaba allí. Parecía como si quisiera evitar acercarse a la casa, como si ésta fuese un repelente para él y nunca, que yo sepa, se le vio por allí.

La casa ya estaba funcionando cuando yo me levanté: las criadas estaban limpiando, mi hermana cosiendo y el abuelo había salido a ver cómo estaban los perros. No había nadie en aquel momento a quien yo le importase lo más mínimo; era yo un triste objeto que a nadie interesase; cada uno estaba ocupado en sus propios asuntos y nadie reparaba en mí. Tampoco a mí me preocupaban los demás, y no estaba interesado en ser advertido. Viendo que no había quien me molestase o a quien yo pudiese molestar, me fui.

Marché sin entretenerme al lugar donde había visto al Lobo el día anterior. Algo me decía que iba a estar allí, o quizá era, sencillamente, que yo quería que estuviese.

Mi paso era esa vez más rápido de lo acostumbrado, y pronto llegué al punto donde las tierras del abuelo terminaban. Temía que fuese la hora demasiado temprana o que yo no le hubiese impresionado tanto como él a mí y, por tanto, no tuviese por qué estar allí. Pero esto sólo eran pretextos vagos que decía intentando mentalizarme para el caso de que él no hubiera atendido al mensaje telepático que le mandaba sin cesar.

Nada había cambiado desde el día anterior en aquel lugar; el portillo seguía invariablemente en el mismo sitio y los árboles no habían mudado su emplazamiento. Lo único desigual era que la distinta hora había producido diferente luz. Todo estaba tal y como lo había visto la tarde anterior; todo salvo, claro está, el Lobo.

El Lobo apareció cuando ya pensaba que todo estaba perdido. Nunca me lo dijo, pero creo que había estado espiándome, escondido como sólo él sabía hacer; se movía entre la vegetación sigiloso como un lince, y era capaz de permanecer agachado y tan quieto como un árbol mucho más tiempo del que aguantaría un hombre normal. De todos modos, eso era algo que yo desconocía cuando por fin estuvo ante mí.

Siempre he tenido problemas para tratar de dar a entender a la gente lo que ocurrió después. Sé que muchos se negarían a aceptar que algo así pueda suceder, y un mayor número de personas lo despreciarían, pero para mí es lo más hermoso que me haya pasado nunca en toda mi vida. Había tanta belleza en los sentimientos que llenaron aquellos días de verano, que no dejo de extrañarme cuando alguien los llama pecaminosos. No he hallado nunca nada tan puro y, al mismo tiempo, tan criticado, y siento verdadera lástima por todos aquellos que, basándose en ajados dogmas de éticas impías, pretenden destrozarse lo poco de bueno que me ha tocado vivir.

La amistad surgió espontáneamente entre el Lobo y yo; desde que, tras haber estado esperándolo aquella mañana, vino a mí, el vínculo afectivo nos unió

mutuamente. Me gustaba que fuese libre, esencialmente bueno, y carecía por completo de prejuicios, al revés de la mayoría de las personas con que me tropecé después. Desde el principio me demostró su naturalidad al acercarse a mí, el día en que yo lo estaba buscando, con su expresión de franqueza que me invitaba a compartir mi tiempo con el suyo.

No sólo mi hermana, sino también mi abuelo, quizá éste por única vez, estuvieron preocupados por mi tardanza de aquella mañana; yo lo noté en cuanto llegué a casa, pero mi ánimo excitado, contento, hizo que la, en un principio, dura reprimenda, se tornase en recomendaciones sobre las horas de la prudencia. Había perdido por completo el sentido del tiempo mientras había estado en los montes con el Lobo; me había enseñado a subirme a los árboles, y me mostró nidos de pájaros en lugares que yo nunca habría podido ver, pero no me daba cuenta de que estaba sujeto a unas leyes que me ligaban a otras personas hasta que recordé que debía regresar. Cuando volví a la casa era un poquito más sabio y un poquito más feliz.

Los días que siguieron fueron absolutamente maravillosos. Era de los primeros en la casa en levantarme, para no perder un solo momento que pudiese estar en compañía del Lobo. Salía corriendo, pero en el camino del pueblo siempre lo encontraba esperándome donde lo había dejado la tarde anterior, como si no tuviese que dormir y se hubiese quedado allí toda la noche, aguardando a que el nuevo sol me llevara con él.

Por las mañanas subíamos a las colinas donde estaban los bosques, y allí, en ese universo vital, sentía que yo también me hacía bosque, que también por mí circulaba la energía que movía la vida en la floresta, y era yo planta y era pájaro, y era un roedor y el Lobo mi madriguera. Después volvía a la casa, solo, porque el Lobo no quería

acompañarme; allí comía frugal y apresuradamente bajo la mirada complacida del abuelo (que quizá recreaba en mí sus escauceos juveniles) y la indescifrable de mi hermana, que veía cómo me estaba perdiendo. Me alejaba de nuevo de la prisión que se me antojaba la casa, y marchaba con el Lobo a la playa, donde la tarde era toda para nosotros dos; y tumbados en la arena, despojados de cualquier ropa que nos remitiese al mundo artificial, el sol tostaba nuestra piel, y yo abrazaba con mi cuerpo el suyo robusto y desnudo buscando cobijo, y era todo libertad, libertad de amar y gozar junto al mar en soledad.

Llegó el amargo día en que la enfermedad volvió de nuevo su presencia a dejar sentir. Me atacó súbitamente, cuando ya no estaba preparado, cuando creía que no retornaría más, y me obligó a quedarme en la cama postrado, sin permitirme ver siquiera un momento al Lobo. Desde la habitación, mi mirada triste cruzaba los cristales de la ventana y se extendía más allá de la jaula donde estaba apagándome sin remedio a los campos libres donde la vida seguía su curso ajena a mí.

No quiero saber cuánto tiempo estuve acostado, cuidadosamente vigilado por mi hermana solícita, con el solo consuelo de saber que un día habría de terminar mi encierro y podría salir de aquí para regresar con el Lobo, que quién sabe qué estaría haciendo sin mí.

Mis padres hicieron llegar el aviso de que vendrían en breve, y en la casa se realizaron los preparativos para recibirlos convenientemente. Las criadas tenían a todas horas sus útiles de limpieza y mi hermana repartía órdenes preocupada porque todo quedase a la perfección; y, sin embargo, yo no deseaba que viniesen, porque seguramente me llevarían a la ciudad, separándome del Lobo.

Un día por la mañana vi desde la ventana a mi hermana que se alejaba buscando flores con que adornar los jarrones del dormitorio de mis padres, que llegaban esa tarde. Llevaba un cesto colgado del brazo y un sombrero de paja cubriendo su cabeza. El sol tornaba de oro los rizos que colgaban por su espalda. No se volvió y no pude ver su cara, y no sabía si estaría seria o sonriente, o si estaría tarareando una canción o con el silencio en sus labios. Mi hermana se iba y yo no sabía nada de ella.

Una fuerte jaqueca me había impedido dormir tranquilamente por la noche, y aproveché estas horas del día para que el sueño viniese sobre mí. Cerré la ventana y me acosté, quedando dormido al poco.

Un enorme ruido de perros y botas me despertó. Había pasado ya con creces la hora de la comida y me extrañó que no me hubiesen avisado. Abrí la ventana y un viento helado me azotó, y vi una gran cantidad de hombres del pueblo vestidos de caza y con traíllas de canes reunidos en el patio. Se movían de un lado para otro y de repente se paraban, como si no supiesen qué hacer. De las habitaciones de abajo me llegaban gritos y lamentos. Algo grave debía haber pasado mientras yo dormía. Me puse la bata y bajé. La casa estaba llena de mujeres del lugar vestidas de negro. Me miraron cuando estaba al final de la escalera y se apartaron dejándome el paso libre hasta el comedor. La tensión que se respiraba en el ambiente me había afectado a mí también y fui a la puerta del comedor angustiado. Mi madre estaba allí; me cogió y estrechó llorando entre sus brazos. Balbuceaba palabras ininteligibles para mí, mientras señalaba hacia la mesa que estaba toda rodeada por mujeres; miré, y vi cómo sobre la lisa superficie que solía estar cubierta de grandes floreros, inerte, inmóvil, estaba tendida mi hermana.

Lloré, lloré amargamente junto al cadáver de mi hermana que aún vestía sus ropas manchadas de sangre sobre el cuerpo hendido a dentelladas; y seguí llorando

cuando aparecieron mi padre y mi abuelo, cargados con escopetas, y gritaron a los hombres del patio: A LA CAZA DEL LOBO.

No he venido a esta casa, hoy solitaria, desde entonces. No había vuelto a mirar por esta ventana desde aquella última vez. Estoy aquí para que no siga atormentándome la duda, para que no me asusten los recuerdos. Mañana saldré temprano y bajaré caminando por la ruta del pueblo: no quiero que el Lobo me siga esperando en vano.